

El alma, enamorada del Verbo: lo femenino y lo masculino en el texto místico

BASILIO CASANOVA

Un goce Otro

Dicen Jorge Alemán y Sergio Larriera en su libro *El inconsciente: existencia y diferencia sexual* que “Algo en una mujer se muestra como un goce Otro, como Otro goce, un goce que no se puede decir”¹. Y en lo que respecta al goce místico añaden: “es un goce que se experimenta en el cuerpo, en una relación de exterioridad respecto a la dimensión de lo simbólico”².

Alain Vanier en su libro sobre Lacan afirma que existe un “gocce del Otro, goce no sexuado y ajeno al lenguaje... Ese goce no se puede expresar, no es del orden del significante, pero podemos suponerlo a partir de ese goce suplementario femenino, de la experiencia de las místicas, etc”³. Y concluye que “el goce del Otro está fuera del lenguaje, es decir, fuera de lo simbólico... en la intersección de lo Imaginario y lo Real”⁴.

El propio Lacan, sin embargo, va más allá y habla en su *Seminario número 20* de “un goce soportado por la faz de Dios”. Dice pues Lacan algo que muchos de sus seguidores no dicen, se callan, silencian: que es Dios quien desencadena y sostiene el goce místico. Pero el dios de Lacan es un dios imaginario. Por eso habla de la faz y no de la Palabra.

Nuestra hipótesis de partida será otra: que el goce místico es, en cierto sentido, goce del símbolo, imposible, en todo caso, sin la dimensión simbólica del lenguaje. Puesto que si, como sostenemos, es Dios quien inflige dicho goce, su palabra, es decir el Verbo, es lo que lo sostiene, lo que sostiene al sujeto místico en su travesía por lo real.

1 ALEMÁN, Jorge y LARRIERA, Sergio (2001): *El inconsciente: existencia y diferencia sexual*, Editorial Síntesis, Madrid, p. 121.

2 ALEMÁN y LARRIERA: *op. cit.*, p. 153.

3 VANIER, Alain (1998): *Lacan*, Société d'édition les Belles Lettres. *Lacan*. Alianza Editorial, Madrid (1999), p. 61.

4 VANIER: *op. cit.*, p. 67.



María Maravillas de Jesús

Y bien, un excepcional –y muy cercano en el tiempo– testimonio de experiencia mística lo constituyen las cartas y los pensamientos de la carmelita descalza María Maravillas de Jesús. Una experiencia mística que habrá de prolongarse, además, durante buena parte del siglo XX⁵.

⁵ Vida y obra a la que he tenido ocasión de asomarme tras la lectura del magnífico artículo de Gregorio Marañón y Bertrán de Lys, sobrino nieto de María Maravillas, que bajo el título de *El aire de la almena* publicó el diario *El País* el 03-05-2003.

⁶ MARÍA DE LA CRUZ, Ramón (2003:) “Madre Maravillas de Jesús. Acercamiento a su experiencia mística”, en *Revista Monte Carmelo*, vol. 111 (2003) n° 2 y 3, p. 583, www.montecarmelo.com/revistamc/.

Un compañero de orden de Maravillas, Fray Ramón María de la Cruz, dice que “todo su camino de olvido de sí misma y abandono en Dios se puede resumir en una frase repetida constantemente por ella: Lo que Él quiera, como Él quiera, cuando Él quiera”⁶. “Sin embargo, añade el fraile carmelita, una cosa es una frase atractiva para ponerla en títulos, y otra es la vida que la sustenta”.

Es decir: lo que realmente importa es la vida que sustenta dicha frase, porque es ahí –en la vida en tanto que acto de enunciación– donde se localiza el campo subjetivo de la verdad. De esa frase sustentada por toda una vida nos interesa no tanto su significado, como su sentido, es decir, el significado en relación con un sujeto. El mismo que dice desear:

Lo que Él quiera,
 como Él quiera,
 cuando Él quiera.

Detengámonos, aunque sea brevemente, en esta frase de María Maravillas. En ella tres complementos preceden a una misma forma verbal, el subjuntivo quiera. Y ocupando el lugar central, el núcleo mismo de cada uno de sus tres enunciados, el pronombre en tercera persona que sustituye –y que puede ser a su vez sustituido por– la palabra Dios. Por ejemplo cuando María Maravillas dice Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera, el sentido de la frase es, indudablemente, el mismo.

Y bien, algo, en estos enunciados, queda claro: que ese Él, pronombre personal masculino, al que se refieren, no puede ser en ningún caso el yo del sujeto. Ese “yo” que, por definición, nada sabe de la diferencia sexual, o ese que, al igual que el “tú”, es del todo indiferente, incluso refractario a ella.

Advertimos, pues, en esta forma enunciativa lo mismo que advertimos en todas las escrituras místicas –las únicas, dirá Lacan, en que Dios se manifiesta–: que nacen siempre de un acto, radical, de negación o anodamiento del yo. Así, en sus *Moradas del castillo interior*, Santa Teresa escribe:

Estando hoy suplicando a Nuestro Señor hablase por mí..., se me ofreció lo que ahora diré⁷.

La estructura enunciativa es, en ambos casos, la del no-yo. Es decir: la del yo que se somete a aquello que Él le transmite.

Pero además de ser ésta la enunciación subjetiva de un deseo, lo es de uno que se escribe necesariamente en femenino. Veamos pues cómo se dibuja dicha posición femenina en algunos pensamientos y escritos de María Maravillas, siempre a partir de su experiencia mística, es decir, sublime, de lo real. Por ejemplo cuando dice:

Dejémonos purificar, iluminar y consumir por Él, que Él solo es la razón de nuestra vida..., y ¡qué dulcísima razón!⁸

Donde la acción de dejarse purificar, iluminar y consumir por Él es reconocida como la única razón –quizá habría que decir pasión– de su vida. Una razón, en cualquier caso, dulcísima, una que tiene por tanto sabor, puesto que se puede saborear. El suyo es el inequívoco sabor de la experiencia:

Lo sé por experiencia –dirá Maravillas–, cuanto menos es uno, más se encarga Él de todo.

O, en la misma línea de lo que se puede saborear:

Con Él todo se hace suave y dulce, aun lo más amargo.

Resulta entonces evidente que esa dimensión a la que Él pertenece produce efectos, ya que, como acabamos de oír, hasta lo experiencialmente más amargo, se vuelve, con Él, dulce. Purificar, iluminar y consumir son pues acciones que el texto mismo atribuye a Dios. Por eso María Maravillas llegará a recomendar lo siguiente:

Déjese hacer por Él como Él quiera, y confíe siempre.

Y por si alguien pudiese creer que nada tiene que ver ese dejarse hacer con el deseo femenino, Maravillas de Jesús habla de cómo se encendió en ella el deseo vehementísimo de entregarse toda:

Yo querría ofrecerme al Señor toda entera, para que haga de mí todo cuanto quiera.

¿El deseo, o algo más? Pues localizamos ahí, en el discurso místico, el

7 SANTA TERESA DE JESÚS (1984): *Moradas del castillo interior*, Editorial Bruguera, Barcelona.

8 Los pensamientos de Santa Maravillas de Jesús pueden encontrarse en la siguiente dirección de Internet: www.lanzadera.com/maravillasdejesus. En cuanto a sus cartas, algunas pueden leerse en: JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero (2002): *Vida mística de la madre Maravillas de Jesús*, Edibesa, Madrid.



lugar del goce, del goce femenino. Goce que consistiría en –o que resultaría de– entregarse toda. Pues, como ha escrito Jesús González Requena, la mujer ocupa una posición privilegiada en relación al goce: “en tanto tomada, poseída, en tanto renuncia a todo control, a toda vigilancia, a todo dominio, puede entregarse, del todo, al goce”⁹.

⁹ GONZÁLEZ REQUENA, Jesús (1997) “La posición femenina en el Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz”, *Trama y Fondo* n° 3, Madrid. p. 79.

Pero no a ese un tanto alicaído goce suplementario, adicional, más allá del falo, del que habla Lacan en el *Aun*, sino a ese otro goce que provoca en ella la entrega absoluta al Amado, el Verbo, su Señor, entrega de la que no cesará de hablarnos Maravillas. Veamos algunos ejemplos que lo demuestren:

El Señor bien sabe que sólo quiero quererle y que puede hacer de mí lo que quiera.

¡Qué buenísimo es y cómo, en cuanto el alma pone un poquitín de su parte, lo hace Él todo!

¡Yo creo no soy para nada, siempre tiene Él que hacérmelo y arreglármelo todo...”

... que Él pueda hacer en ese centro del alma cuanto quiera, dejarle obrar.

O este otro enunciado bien literal:

Si tú le dejas... ¡qué bien lo hará!

El Señor obra, pues, en ella, y obra lo que Él quiere.

¹⁰ MARTÍN DEL BLANCO, Mauricio (2003): “La madre Maravillas, hija de Teresa de Jesús”, *Revista Monte Carmelo*, vol. 111, n° 2 y 3, p. 370.

Por eso dirá Mauricio Martín del Blanco que “...Maravillas de Jesús hizo honor a su apellido religioso: siempre fue de Él, y siempre dejó al Señor que hiciera en ella lo que quisiera”¹⁰. “El Señor, dirá la propia Maravillas, quería hacerme verdadera esposa suya”.

La acción, no hay duda, está del lado de Él; la pasión, en cambio, del de ella. Lo masculino es, pues, la acción del verbo; lo femenino, la pasión del cuerpo, pero de uno que es penetrado por el Verbo.

<u>Lo masculino</u>	/	<u>Lo femenino</u>
Acción	/	Pasión
(del)		(del)
Verbo	/	Cuerpo

Está claro que esa acción capaz de desencadenar tan vehemente deseo no es otra que la del Verbo, su Señor. Y que ese su Señor se opone además radicalmente a su yo:

¡Está el Señor tan solo; la soberbia, el propio yo, le arroja de tantas almas!

Señor # Yo

Nada tiene que ver, pues, su Señor con el campo de lo imaginario, que es siempre el del yo:

...me puso el alma como en mucha soledad de todo y no sé cómo, porque era tan dentro, tan sin forma ni figura, sentí allí un muy grande y pacífico descanso. Lo sentía sin saber cómo, ni imaginándose nada.

Y ya que de nada imaginario ni visible se trata, cabe pensar que la dimensión a la que ese su Señor pertenece no es otra que la dimensión de lo simbólico, pero también la dimensión temporal del relato. Por eso: “Si tú le dejas... ¡qué bien lo hará!”. Y donde esa apelación a un tiempo futuro –¡qué bien lo hará!– escribe con claridad la dimensión diacrónica de la palabra que, además de hacer gozar, hace relato, es decir, da sentido a ese goce.

Resulta por eso estremecedor comprobar hasta qué punto el desencadenante de la experiencia mística, del sabor –es decir: del goce– que ésta produce es siempre la Palabra masculina, el Verbo. Si uno lee por ejemplo *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux podrá comprobar cómo la creencia en la palabra y en sus efectos digamos narrativos, son la causa de que estos lleguen a desencadenarse.

De manera que el lugar de lo femenino es construido como el lugar de la fe y de la creencia en la acción de la palabra. El espacio de su recepción, allí donde la palabra, de hecho, actúa; es decir, produce efectos. Pero los produce porque es acogida, recibida, porque existe el lugar –en el caso de la mujer sobre todo el cuerpo– donde esa palabra puede ser depositada. Pero para ello, dirá Maravillas de Jesús,

tenía que dejarme en pura y oscura fe, sin querer ni pretender ver nada, pero con una confianza inquebrantable, totalmente abandonada, sin buscar apoyo en nada.



Diremos, pues, para resumir que, como todo texto místico, el de María Maravillas no cesa de nombrar –y de ceñir– una escena. Aquella donde, como señala Santa Teresa, “pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma”. Cosas a las que sin duda hace referencia en numerosas ocasiones Maravillas de Jesús en sus cartas. Por ejemplo cuando

dice que Dios le pedía que se abandonase del todo, que lo aceptase todo, que ese abandono fuese completo “sin querer entender, saber ni ver”. Y que sólo entonces:

... sintió mi alma como si delante del Señor se ofreciese como blanco a las saetas de su amor y le pidiese que la traspasase con ellas según su agrado y beneplácito.



Quedaría así designado el deseo de la mujer de ser traspasada, penetrada por la palabra del Amado. Tal es la capacidad de entrega femenina al Verbo, el único capaz de desencadenar y sostener ese goce sublime, no siniestro –y en relación al cual la mujer ocupa una posición de privilegio– que es el goce místico.

Y bien, diremos para terminar que Lacan afirma en el *Aun* que las escrituras santas no cesan de repetir un fracaso: “el de los intentos de una sabiduría cuyo testimonio fuera el ser”¹¹.

11 LACAN, Jacques (1975): *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre XX: Encore, 1972-1973*, Editions du Seuil, París. *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 20: Aun, 1972-1973*, Ediciones Paidós, Barcelona (1989) p. 139.

Creo que Lacan se equivoca. El texto místico –y desde luego el texto místico de María Maravillas– dice lo contrario: constituye el más claro ejemplo de que esa sabiduría existe, y que ese saber del ser es, como ha señalado Jesús González Requena, el sabor del goce¹². Un goce sexuado y para nada ajeno al lenguaje.

12 GONZÁLEZ REQUENA: *op. cit.*, p. 79.

Por eso, frente a las fórmulas cuánticas de la sexuación en Lacan, que sitúan al hombre del lado del todo (todo en él gozaría del falo) y a la mujer del lado del no-todo (no todo en ella goza del falo) convendría reivindicar ahora la construcción simbólica de la diferencia sexual, y en particular de la posición femenina, en el texto místico de, por ejemplo, María Maravillas de Jesús.